

## “Os traigo un mensaje de la Virgen de Tepeyac”

### **PALABRAS DEL EXCMO. Y RVDMO. MONS. DR. LUIS M. MARTINEZ, ARZOBISPO DE MEJICO EN LA ASAMBLEA DE CLAUSURA DEL PRIMER CONGRESO CATEQUISTICO NACIONAL**

**Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico;  
Excmo. y Rvdmo. Sr. Presidente de esta  
Asamblea; Excmos. y Rvdmos. Sres. Obis-  
pos; Venerables Sacerdotes; Señoras, Se-  
ñoras:**

Como lo acaba de decir muy bien el Excmo. Sr. Presidente de la Asamblea, yo quiero, ante todo, dirigiros a vosotros, y en vosotros a vuestra Patria nobilísima, un saludo efusivo, cariñoso, fraternal. (Aplausos). Plugiera Dios que por mi boca, hablara mi Patria y que mis palabras fueran la expresión de un saludo que el pueblo de Méjico da a un pueblo hermano. (Aplausos). Pero si no logro alcanzar tamaña misión, yo os aseguro, señores, que tengo otra más alta, bajo la envoltura tosca de mis palabras, os traigo un mensaje de la Virgen del Tepeyac. La víspera de emprender el viaje a esta muy noble y muy leal ciudad de Caracas, yo me postre a los pies de la Virgen de Guadalupe. Oré por Venezuela y le pedí a la Madre común de la América Latina, que enviara por mi conducto, un mensaje de ternura a sus hijos de aquí. (Aplausos). Yo estoy seguro de que lo envió, pues yo le pedí a la Virgen, lo que nunca niega el corazón de una madre. (Aplausos).

No es pues, señores, un recurso oratorio, sino una dulce realidad que os traigo de la Virgen del Tepeyac, un mensaje de ternura maternal. (Aplausos).

En seguida, dejadme que yo derrame mi corazón en vuestro corazón fraternal. Yo quiero deciros lo que llevo en el alma porque yo no se hablar sino de lo que siente el corazón. (Aplausos). Desde las alturas he contemplado el panorama maravilloso de vuestra ciudad, he sentido el hechizo de vuestra vegetación exuberante, he admirado vuestras magníficas urbanizaciones, que habéis hecho para extender y embellecer vuestra ciudad y mi espíritu se ha embalsamado con el exquisito perfume de la poesía de vuestra tierra. (Aplausos).

Pero, más de lo que perciben los sentidos, es lo que ha penetrado en mi espíritu, en la Casa Natal de vuestro Excelso Libertador, de ese hijo glorioso de Venezuela, así como en su tumba gloriosa, mi corazón se ha conmovido, no solamente ante la gloria del prócer, sino ante la delicadeza con que conserváis sus reliquias gloriosas. (Aplausos).

Vosotros, señores, habéis sabido envolver la memoria de vuestro Libertador, en dos de las cosas más grandes que existen sobre la tierra: el arte y el amor. (Aplausos).

Más por encima de lo que ven los ojos y más alto todavía de lo que percibe nuestra razón, están los horizontes inmensos que nos descubre la fe, y mi fe ha comprendido la vuestra, he sentido esa fe vigorosa, entusiasta, fecunda. Esa fe, que nos legó como un don ilustre la Madre de Dios. Yo he palpado vuestra fe en este magnífico Congreso. He admirado la solidez con que habéis sabido tratar ese asunto trascendental: la Catequesis, base firmísima de toda obra católica y de toda obra práctica. Esa solidez la he descubierto en los discursos magníficos y elocuentes que he oído y en las acertadas conclusiones que habéis aprobado. Lleno de asombro he contemplado también vuestro entusiasmo, ese entusiasmo tan latino, ese entusiasmo tan americano. (Aplausos).

Pero todavía hay dos cosas, que en vuestro Congreso han cautivado mi corazón: Unión, la unión estrechísima de todos. Yo siento que un solo corazón con una sola alma ha realizado la magnífica empresa. Yo siento, yo palpo, que para este Congreso ha habido la colaboración de todos.

Formando un haz apretado, habéis realizado esta obra magnífica. Pero lo que todavía me conmueve más es la oportunidad que habéis elegido para vuestro Congreso: un fausto aniversario de nuestro Santísimo Padre, Pío XII. (Aplausos).

Señores, vosotros poseéis una de las devociones más dulces y más fecundas que hay en la Iglesia, la devoción al Papa (Aplausos), porque el Papa es la piedra angular sobre la cual está edificada la Iglesia. Es el Vicario de Jesucristo, el Jesucristo mismo, que se perpetúa a través de los siglos, cumpliendo su divina promesa de permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos. (Aplausos).

Pero no acabo aún de volcar lo que llevo en el ánfora postrísima de mi espíritu. Hay otra, hay cosa que llevo en lo íntimo del corazón y que tiene para mí, singular interés. Os la voy a decir en íntima confianza: Cuando yo recibí la carta, en la cual el Excmo. Sr. Arzobispo Coadjutor me invitó para esta solemnidad, en nombre del Episcopado Venezolano, encontré en esa carta, una frase que me llegó al corazón y que me hizo vencer todas las dificultades para venir aquí. S. E. Rvdma., escribió más o menos, que en nombre del Episcopado de Venezuela, me brindaba una oportunidad para que se reafirmara la unión entre los dos pueblos, bajo el signo maravilloso de nuestra devoción gloriosa a la Virgen de Guadalupe. (Aplausos). Vosotros comprendéis, que esta frase era decisiva, especialmente para mí, que sueño en la unidad de la América Latina, aunque no sea de la misma manera que vuestro Libertador soñó tan bien en esa unidad maravillosa.

Yo pienso que los pueblos de la América Latina nos debemos conocer mejor, nos debemos comprender más perfectamente, nos debemos llamar de una manera fraternal, que debemos tendernos la mano efusivamente, para que unidos todos realicemos nuestros gloriosos designios. (Aplausos).

De una manera singular, señores, en esta hora solemne de la historia, sentimos la necesidad de realizar más estrechamente esta unión. Vivimos en una era en que nos parecen estrechas las fronteras que dividen las naciones, no, porque tengamos doctrinas exóticas que quieran borrarlas, sino porque tenemos Doctrina Divina, que sin borrar las fronteras, sabe unir los que viven dentro de ellas.

La Santa Iglesia Católica ha realizado esa unión maravillosa, sin lesionar la soberanía de las naciones, antes, dándole a esa Soberanía, un fundamento más sólido de internacionalidad. Ha sabido unir a

todas las almas en una unidad alta y celestial y San Pablo expresó aquellas palabras que deberíamos grabar en nuestro corazón: "Ya no hay gentil y judío; siervo y libre sino que todos somos una sola cosa en Cristo". (Aplausos).

Dentro de esa amplia y divina unidad, no cabe duda, señores, que podemos y debemos buscar otras unidades, (si me permiten el plural), más estrechas, pero que tienen también fundamento divino; los pueblos de la América Latina debemos estar singularmente unidos. Yo diré empleando una frase de las Escrituras "Que el hombre no separe lo que Dios unió" y a nosotros nos unió Dios de una manera estrechísima, no solamente porque vivimos en el mismo Continente, en ese Continente, rico, vastísimo, sino que tenemos una madre común: España (Aplausos), las mismas tradiciones, la misma religión, la misma lengua, los mismos tesoros, los mismos ideales, las mismas esperanzas. (Aplausos), y pienso que mi patriotismo no oscurecerá mi juicio si me atrevo a decir que el emblema de esta unión espiritual y Santa entre los pueblos de la América Latina está en Tepeyac, que es la Virgen Santísima de Guadalupe. (Aplausos). Por algo la declaró la Santa Iglesia, Patrona de la América Latina. Allí, entre sus manos juntas; allí, entre sus ojos dulcísimos; allí dentro de su corazón maternal, está el valor de nuestras tradiciones y la seguridad de nuestra esperanza. Ella constituye nuestro tesoro y yo me siento santamente orgulloso de ser el guardián de ese tesoro, porque yo soy, señores, Fray Juan de Zumárraga, el Obispo en cuyas manos, puso el representante de nuestra raza, el preciado tesoro. (Aplausos).

En el regazo de la Virgen María nos sentimos hermanos, bajo su imperio nos sentimos fuertes y recibiendo en nuestros ojos, el fulgor de su mirada dulcísima nos sentimos dichosos.

Señores, vivamos unidos, con los ojos fijos en el Tepeyac, con el corazón hacia arriba, "Sursum Corda" como la Santa Iglesia nos lo dice en la Misa. Estrechemos nuestras manos y bajo el imperio de N. S. de Guadalupe, formemos un solo corazón y una sola alma para realizar el glorioso designio de América (Aplausos).

Esta unión nuestra constituirá nuestra fuerza, constituirá nuestra esperanza, constituirá nuestra felicidad. (Aplausos).